

VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata, 2010.

La `bajada al barrio': una exploración sobre la difusión de ciertas ideas de la radicalización en algunas de las principales unidades básicas controladas por la Juventud Peronista y Montoneros en la ciudad de La Plata (1973-74).

Robles, Horacio.

Cita:

Robles, Horacio (2010). *La `bajada al barrio': una exploración sobre la difusión de ciertas ideas de la radicalización en algunas de las principales unidades básicas controladas por la Juventud Peronista y Montoneros en la ciudad de La Plata (1973-74)*. VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-027/148>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eORb/rpz>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Datos personales

Nombre y apellido: Horacio B. Robles

Correo electrónico: hrobles@ed.gba.gov.ar

Pertenencia Institucional: Dto. de Sociología (FaHCE/UNLP)

Título

La "bajada al barrio": una exploración sobre la difusión de ciertas ideas de la radicalización en algunas de las principales unidades básicas controladas por la Juventud Peronista y Montoneros en la ciudad de La Plata (1973-74)

I Introducción

Reconociendo un avance cada vez mayor de líneas de investigación en torno del "activismo revolucionario" en la Argentina de los '60 y '70, persiste, no obstante, un reclamo para que se produzcan más y mejores aproximaciones alrededor de los nexos entre las grandes movilizaciones de la época y la radicalización política¹. Como también está presente, la necesidad de descripciones empíricas sobre los lazos que lograron establecer las organizaciones armadas con amplios sectores de la sociedad argentina, más precisamente los sectores populares², a través de su programa político de transformación y sus nuevas formas organizativas.

La presente ponencia es parte de una investigación mayor que se propone aportar en esa dirección. La estrategia global de dicha investigación, se basó en la reconstrucción de las experiencias desarrolladas en los barrios de la periferia platense por la Juventud Peronista (JP), articulada con la línea política de "masas" de la organización Montoneros, desde fines del '72 hasta comienzos de 1975, aproximadamente.

¹ En el presente trabajo, entendemos el fenómeno de la radicalización política como un tipo de práctica política, que comenzó claramente a generalizarse en la Argentina desde mediados de los '60, basada en el uso ineludible de algún tipo de acción violenta para garantizar el logro de cambios sociales y políticos. En términos de las organizaciones político/ militares, la radicalización significó asumir la lucha armada como único medio para alcanzar transformaciones revolucionarias que debían conducir a alguna forma de "sociedad socialista".

² Creemos que la perspectiva de los "sectores populares", es más adecuada para captar ciertas especificidades de nuestro trabajo, situado en ambientes barriales, impregnados por la cultura política peronista, las redes familiares y personales y una variedad de estratos sociales. Para una revisión crítica de uso de la noción de "sectores populares urbanos" puede consultarse (Camarero, 2007).

A través de entrevistas, trabajos testimoniales ³ y material periodístico de la época, constatamos la existencia de una extendida red de Unidades Básicas (UB) constituidas y controladas por estas organizaciones (JP/M) en los barrios populares lindantes a la ciudad de La Plata. El “frente barrial” de Montoneros se localizó en las secciones electorales de mayor arraigo peronista que incluían las localidades de Tolosa, Los Hornos, Melchor Romero y Villa Elvira, todas ubicadas fuera del caso urbano, bastión del voto radical⁴.

Estas UB se constituían a partir de un grupo básico o “grupo de base”, de entre cinco o seis miembros, cuya composición variaba entre jóvenes estudiantes, universitarios y secundarios que avanzaban en su carrera militante y los nativos del barrio, en su mayoría jóvenes trabajadores con una importante proporción de obreros de la construcción. En este grupo se destacaba la figura del “referente”, un vecino prestigioso de edad madura, que podía ser una mujer, con una clara biografía peronista, un oficio y ocupación conocidos y dos recursos estratégicos que funcionaban como llave para la apertura de la UB: una casa y una familia numerosa y participativa. La conducción política estaba a cargo de un “responsable”, que podía ser un nativo del barrio, miembro de la organización Montoneros o “aspirante” a serlo. A este número se agregaban diez o quince “allegados”, todos vecinos que colaboraban con frecuencia, e importantes grados de compromiso, en las diferentes actividades. Por último, la capacidad de convocatoria de cada UB se media por la cantidad de habitantes del barrio movilizados para los grandes actos locales o nacionales y las acciones de mejora de la infraestructura barrial. Con este aporte, donde la participación masiva incluía sectores marginados y *lumpen*, cada UB llegó a movilizar entre cincuenta y cien adherentes.

En los primeros meses del '73 el carácter expresivo y expansivo de las UB se manifestaba en los nombres que fueron adquiriendo, casi todos referidos a “combatientes caídos”, y la cantidad, que llegó a treinta y dos en el momento de mayor expansión a mitad de ese año. Los hechos de Ezeiza impactaron decisivamente en la conciencia política de los jóvenes militantes, sobre todo los oriundos del barrio, que con menos de veinte años recién comenzaron a indagar sobre las consecuencias y alcances del programa revolucionario. Sin embargo, la estructura de UB en La Plata pudo sostener su carácter expresivo y público hasta los primeros meses del '74. La caída del gobierno de Bidegain en enero, alineado con la JP platense desde su nominación como candidato a gobernador de la provincia, y los primeros golpes de la represión en junio, dirigidos en la zona contra la militancia barrial, cambiaron la orientación de las

³ Los trabajos testimoniales sobre la militancia platense de los '60 y '70 fueron creciendo considerablemente en los últimos tiempos, entre los que hemos consultados: Asuaje, Jorge Pastor. *Por algo habrá sido. El fútbol, el amor y la guerra*. Buenos Aires: Nuestra América; 2004.; Chaves, Gonzalo Leonidas y Lewinger, Jorge Omar. *Los del 73. Memoria Montonera*. Buenos Aires: De la Campana; 1999.; Falcone, Jorge. *Memorial de guerralarga. Un pibe entre cientos de miles*. La Plata: De La Campana; 2001.; Flaskamp, Carlos. *Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*. Lanús. Buenos Aires: Ediciones Nuevos Tiempos; 2002.; García Lombardi (h), Miguel A. *Imberbes*. La Plata: La Comuna; 2005.; Godoy, Eduardo. *La historia de ATULP*. La Plata: Editorial Universitaria de La Plata; 1995.; Massari, Romina, Martín Peña, Fernando y Vallina Carlos. *Escuela de Cine. Universidad Nacional de La Plata. Creación, rescate y memoria*. La Plata: Editorial de la UNLP; 2006.; Pollastri, Sergio. *Las violetas del paraíso. Una historia montonera*. Buenos Aires: Ediciones El cielo por asalto; 2004.; Amato, Fernando y Boyanovsky Bazán, Christian. *Setentistas. De La Plata a la Casa Rosada*. Buenos Aires: Sudamericana; 2008

⁴ En las elecciones municipales de marzo del '73, la UCR cosechó cerca de sesenta mil sufragios, la mayoría de las secciones electorales ubicadas en el casco urbano. A su vez, el frente peronista (FREJULI), de los casi cien mil votos con que ganó, más del sesenta y siete por ciento, 67735 sumando los datos publicados por *El Día*, llegaron desde los barrios de Tolosa, Melchor Romero, Los Hornos y Villa Elvira. (*El Día*, junio 1973)

prácticas barriales. De esta manera, hacia fines del '74, con el cierre de los “frentes de masas” por el “pasaje a la clandestinidad” de Montoneros, y durante el '75, los objetivos centrales se orientaron a la preservación de los recursos, humanos y materiales de la organización, acumulados en el período anterior. Luego del golpe del '76, la actividad barrial cesó y solo algunas casas, bajo la más estricta clandestinidad, funcionaron como refugio de la militancia perseguida por la represión estatal.

La ponencia se ocupa de explorar algunas de las ideas más potentes que circulaban en este universo barrial, como producto de la interacción entre la tradición política del peronismo histórico y resistente y la renovación que el “movimiento rebelde” trató de imponer (Ansart, Pierre, 83). Más concretamente, enfocados en los militantes y habitantes de los barrios (jóvenes trabajadores, referentes, allegado y vecinos movilizados), buscamos caracterizar el tratamiento y la recepción que éstos hicieron de las ideas centrales que impulsaba la radicalización montonera; tales como la revisión crítica de Perón y el peronismo, la concepción del socialismo y la lucha armada.

II Desarrollo

La revisión del peronismo

La cultura peronista

Si adoptamos una perspectiva histórica amplia comprobamos la existencia de una serie de “representaciones”⁵ sobre el peronismo que los jóvenes militantes barriales portaban en el momento de su ingreso al magma insurreccional fogoneado por la apertura política y la vuelta del líder, en los primeros años de la década del '70.

Por un lado, estaban los recuerdos del primer peronismo. Para esta franja de la militancia inmersa en un conflicto que afirmaba había comenzado con la ruptura violenta de esa experiencia en el '55, estos recuerdos fueron vivenciados directamente o transmitidos por vínculos familiares, lo que determinó su permanencia y reactualización a lo largo de los años. En ese marco, la figura de Perón estaba presente, en primer lugar, por su productividad y ejecutividad. Además de las anécdotas generalizadas sobre las entregas de útiles escolares y juguetes, estaban quienes recordaban la llegada a la ciudad de la pareja presidencial en 1951- Perón y Eva Perón- y la inauguración simultánea de varias obras, como la República de los Niños o el camino a Punta Lara

Por otro lado, los años posteriores a la caída del primer peronismo, presentan una temática poco estudiada por las ciencias sociales. La misma consiste en las formas que tomó la persistencia de esta *identidad peronista* entre los sectores populares y su relevancia como factor explicativo en el proceso de movilización y radicalización en ciernes. E. Salas ensaya una interpretación sobre sus características, afirmando que tuvo un importante papel como mecanismo de “resistencia cultural” en los años de la proscripción. Así, ante la ilegalización de sus organizaciones formales, partido y sindicatos, el peronismo se mantuvo “latente” en el universo familiar y barrial, en tanto pudo reactualizar sus elementos festivos, aptos para la reafirmación e integración identitaria aunque, por otro lado, confrontativos y tendientes a la ruptura. (Salas, Ernesto, 2006)

⁵ Utilizamos la noción de representaciones, en tanto subraya la capacidad de los actores para la “construcción de significados” sobre personas, acontecimiento e ideas, en contextos determinados. (Arfuch, 2008)

Algunos de nuestros testimonios pueden servir para entender este entramado ambivalente. Uno de los jóvenes que participó de la creación de la unidad básica Raúl Obregoso⁶, ubicada en la zona de Melchor Romero e identificada con la JP/Montoneros a comienzos del '73, nos relata la presencia del peronismo en la cotidianidad barrial durante su infancia:

“Tengo dos hechos grabados en mi memoria política. La vez que fuimos a lo de Monopoli, un histórico puntero peronista, a una fiesta del día del niño. Al mismo tiempo que jugábamos en el barrio, cayeron volantes desde un avión reclamando la vuelta de Perón; ubico esto en el '64. Son hechos que no tenían nada que ver, pero que marcaban un nivel de politización. Por un lado, festejábamos el día del niño desde la unidad básica y por otro, sabíamos qué significaba el Perón vuelve” (EA-Hugo G.)

La conciencia de ser parte de un movimiento político en estado de beligerancia con el sistema, también surge del relato de un activo militante que se incorporó casi adolescente también la UB Obregoso, cercana a su barrio a mediados del '73:

“Yo no terminé la primaria. En el '66, íbamos con mis hermanos a la escuela, nos costaba mucho llegar, llevábamos unos libros que nos habían dado Perón y Evita, y por eso teníamos problemas con las autoridades. Mi viejo dijo que no vayamos más a la escuela, porque eran todos unos gorilas. Que ignorancia la del viejo, porque uno si se preparaba podía haber dado mejor la lucha” (EA-Oscar (EA-Oscar.))

Si bien, retrospectivamente, esta decisión paterna es evaluada en el testimonio en sus aspectos negativos, la experiencia formaba parte de la autoconsciencia peronista de esta franja de la militancia radicalizada, que se veía a si misma parte constitutiva de un peronismo latente y resistente. Y, en gran medida gracias a lo anterior, se sentía poseedora de una sensibilidad intransferible en relación a Perón, una figura política insuperable, con quien suponían tener canales personales de comunicación. Siguiendo con el testimonio de Oscar, esto les proporcionaba *status* y ardor militante :

“La mayoría, o gente como yo, creía que Perón era un mago, Gardel con tres guitarras. Cuando estábamos bajoneados y no nos salían las cosas, escuchábamos a Perón, y decíamos: me está hablando a mí. Así, cuando veníamos cansados de laburar en la construcción, después de escucharlo, íbamos a militar al barrio” (EA-Oscar).

De manera que tanto la presencia de la cultura política peronista en los barrios, familiar, festiva y confrontativa; la productividad de los gobiernos de Perón y su genio político, elementos latentes en el imaginario popular y activado en esos años con la vuelta del líder, se habían tornado cada vez más manifiestos.

La crítica montonera

Tal vez sea posible afirmar, que para el ámbito de la militancia barrial, los hechos de Ezeiza, precipitaron la urgente y compleja tarea de criticar este conjunto, o al menos marcar sus limitaciones, en la medida en que muchos de los que empezaron su militancia en la unidades básicas, con esa representación de infalibilidad de la figura de Perón, tuvieron como bautismo de fuego la asistencia al fallido reencuentro con el líder. Así nos lo cuenta Roberto, un joven albañil que se incorporó a la UB Capuano Martínez de Tolosa a comienzo del '73, dando inicio a una carrera militante que terminaría con su ingreso formal a Montoneros en el '76:

⁶ Raúl Horacio Obregoso, era un adolescente, con escasa experiencia militante de la zona de Melchor Romero, que concurrió a Ezeiza en junio del '73 y murió asesinado en una de las refriegas. Su muerte, tuvo un importante impacto en las fuerzas políticas peronistas platense que organizaron un homenaje con presencia de funcionarios municipales, como el intendente R. Cartier, durante el entierro en el cementerio local. Un grupo de militantes juveniles de la sección séptima, de la que era oriundo Obregoso, responsabilizó al activismo peronista “enemigo declarado de la patria socialista”, rompió con el líder zonal que se menciona en la entrevista y puso el nombre del joven asesinado a su unidad básica.

“En Ezeiza, no entendía nada, era una cosa de locos ver como disparaban de arriba del palco. Pude ver como mataban a compañeros adelante mío. Después volvemos a la UB y empiezo a preguntar y viene las explicaciones sobre la derecha y la izquierda ” (EA- Roberto).

Ahora bien, sobre las dificultad que la crítica a Perón acarrearba, estaba convencido el joven responsable de la UB Quispe⁷, rápidamente incorporado a Montoneros y oriundo del barrio, Daniel, quien nos informa:

“Perón era indiscutido en el barrio. ¿Nosotros lo íbamos a cuestionar? Lo que se cuestionaba era el entorno. Lo nuestro era que Perón estaba entornado por los sectores más ortodoxos y los sindicalistas.” (EA-Daniel).

El testimonio alude a la denominada “teoría del cerco”, elaborada de manera casi reactiva por la conducción montonera, a raíz de los hechos de Ezeiza. Una interpretación sobre sus más amplios alcances puede encontrarse en el trabajo de S. Sigal y E. Verón. (Sigal, Silvia and Verón, Eliseo, 2003). Las conocidas y sugerentes hipótesis de los autores, tienen la virtud de insertarse en el dilema central en el que se debatieron las organizaciones armadas en general y la conducción montonera, en particular; y que los propios actores atribuían a la relación entre “la vanguardia y las masas”.

Para Sigal/Verón, hacia fines de los '60, la juventud radicalizada comenzó a legitimarse como principal intérprete, o “enunciador segundo”, de la palabra de Perón. Sin embargo, su estrategia política se vio reducida a dos opciones: seguir cumpliendo este papel o negar al “enunciador primero”, Perón, y proclamarse como vanguardia. Los autores explican, que en ese contexto de disputa, una de las estrategias “distractivas” de la juventud fue la teoría del cerco. Según ésta, había que romper el entorno de traidores que rodeaba a Perón, aún incontaminado y única fuente de legitimidad, y lograr el contacto directo con él.

Así formulada, recogía los elementos presentes en la declaración de nuestro entrevistado Daniel, lo que permitió una recepción positiva en los círculos de militantes y allegados de los ámbitos barriales. Por su simpleza y, sobre todo, porque dejaba a salvo de la crítica al indiscutido líder, según los testimonios, resultó convincente permitiendo cierta iniciativa política a través de debates y discusiones, aunque su alcance fue necesariamente limitado.

Una de estas iniciativas fue la movilización, de cerca de 80000 jóvenes según los propios protagonistas, y la cobertura periodística que apareció en una nota de tapa del *El Descamisado* de julio de 1973; distribuido y leído en las unidades básicas. La revista, a través de gran cantidad de fotos donde se mostraba a cuatro representantes de la juventud junto a Perón, presentaba el primer encuentro oficial luego de Ezeiza entre la conducción de la JP y el líder como una prueba de la ruptura del “cerco del brujo López Rega”. (*El Descamisado*, nro. 10, 14/07/73).

De todas maneras, siguiendo a nuestros informantes, la militancia barrial debió hacer diferentes esfuerzos para dar forma a una versión que concentrara la imagen negativa del entorno en la persona de López Rega y su grupo, entre los que se incluía a su yerno, el presidente interino luego de la renuncia de Cámpora, Lastiri y el coronel Osinde, a quien se le atribuía la responsabilidad mayor en la represión de Ezeiza. En efecto, si bien no de manera explícita, las consignas que proclamaban la teoría del cerco sugerían que la crítica alcanzaban a Isabel Martínez, la esposa de Perón; sobre todo las que afirmaban que la carrera del secretario privado no hubiera sido posible con la presencia de Eva Perón: “Si Evita viviera mataría López Rega”. Nuevamente Daniel

⁷ Antonio Quispe, al igual que R. Obregoso, murió como consecuencia de los hechos del 20 de junio en Ezeiza. De nacionalidad peruana, con una importante experiencia militante en los '60, era miembro de la dirección que nucleaba a los distintos “frentes de masas” de la ciudad de La Plata.

nos advierte, sin embargo, que en el barrio el maltrato a la esposa del líder no podía prosperar:

“Había dos cuestiones. Perón era intocable en el barrio pero no lo eran Isabel y López Rega. Lo del brujo López Rega se había instalado en la gente. Pero la otra cuestión era que Isabel, tal vez era otro escalón, porque era la señora de Perón. Estoy diciendo un poco los sentimientos que uno podía percibir ahí en el barrio” (EA-Daniel)

Como se desprende de lo anterior, la versión “pura” de la teoría del cerco que condena a I. Martínez era una derivación del denominado “Evitismo”. Esta concepción, de mayor amplitud y complejidad que la limitada teoría del entrono, puede también encuadrarse en la ya mencionada encrucijada de Montoneros de subordinarse o enfrentarse a Perón por el dirección de un proceso que para los jóvenes debía tomar un rumbo “revolucionario”. Es posible afirmar que el Evitismo fue una de las formulaciones más ambiciosas del llamado del revisionismo histórico. Este último tuvo una importante difusión en los barrios desde las páginas del semanario *E/ Descamisado* en forma de historietas sobre temas de la historia argentina. Según Sigal/Verón, de esta manera se buscó remitir la lucha y resistencia del pueblo al pasado, convirtiendo a Perón en un líder popular entre otros, como San Martín, Artigas y Rosas. Paralelamente, Eva Perón fue presentada como la verdadera fuente revolucionaria del peronismo y la juventud como su heredera directa.

Partiendo siempre de nuestras entrevistas, en el ámbito de la UB montoneras de La Plata, la recepción del Evitismo fue dispar. En primer lugar, quienes mostraron una inmediata identificación con la imagen combativa de Eva y se constituyeron en sus entusiastas difusores, fue la militancia estudiantil. Muchos de ellos proveniente de la clase media platense que se “peronizaba”, experimentaban la llegada al barrio como un ascenso de su carrera militante y del proceso revolucionario en general. Es el caso de Miguel, un estudiante del Colegio Nacional que llegó al barrio como miembro de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES):

“Para los peronistas, la gente de barrio que movilizaba montoneros, el discurso de Perón era incomprensible. No podían entender cómo estaba con esa mina, cómo la reivindicaba y la podía comparar con Evita. Eran todos muy de Evita además. Por eso pegó tanto ‘Si Evita viviera sería montonera’. Esa fue una consigna que ni la derecha, ni Perón logró neutralizar, porque además era así. Las mujeres del barrio eran muy combativas, es decir, no hay ahora gente así. Porque tenían 30 o 40 años las amas de casa e iba a las movilizaciones” (EA-Miguel).

Por otra parte, entre quienes no podía aceptar lo que consideraban el desprecio a Isabel como una ofensa directa al líder y, sobre todo, evaluaban al Evitismo como un claro enfrentamiento entre Perón y la que consideraban su creación política, Eva, figuraban, en primer lugar, la generación fundadora de la JP platense. Se trataba de dirigentes con una fuerte influencia en los contingentes peronistas juveniles de los barrios, con quienes incluso tenían lazos familiares. Algunos de ellos fueron accediendo a cargos legislativos y ejecutivos durante el gobierno de Bidegain y asumieron diferentes grados de compromiso con la organización Montoneros. Hugo Bacci, creador de la primera agrupación universitaria peronista de La Plata, la Federación Universitaria para la Revolución Nacional (FURN), e impulsor desde esa agrupación de la etapa refundacional de la JP local con la incorporación de los estudiantes a mediados de los '60, nos explica sus disidencias con uno de los ideólogos del evitismo:

“Nosotros reivindicábamos a Perón y a Evita, pero decíamos que Evita era por Perón. En relación a esto te cuento una anécdota. Resulta que fuimos a verlo a A. Jauretche para traerlo a La Plata. Salió el tema de Evita. Para él Eva era revolucionaria. Nosotros decíamos que no, Perón había hecho a Eva. Jauretche se enojó y nos echó, después nos amigamos y vino varias veces a La Plata a dar charlas. (EA- Bacci)

Podemos concluir que, globalmente, desde el ámbito barrial, elaborar una versión más creíble y crítica que rompiera con la representación popular sobre la “infalibilidad” de Perón, encontraba otro tipo de obstáculos asociados a quiénes, o desde qué lugar, la proclamaban. Aquellos que en las UB montoneras habían llegado al barrio con el mensaje superador, sobre todo la masa de militantes de extracción estudiantil con diferentes grados de vinculación con la organización Montoneros, estaban inmersos en una especie de paradoja. El síndrome de la “culpabilización”⁸, consistente en profesar un peronismo que debía pasar por permanentes pruebas de sinceridad, operaba como una inhibición, moderando las posturas radicalmente críticas. De manera que, a los ojos de los miembros barriales que integraban los grupos de base que manejaban la UB, como para los allegados y los vecinos en general, eran los “peronistas probados”, que además daban constantes ejemplos de combatividad, los más aptos para la delicada crítica al líder. El testimonio de Carlos, que reunía estas características, nos permite captar estas sutilezas. Su trayectoria tiene la particularidad de ilustrar una vía de radicalización desarrollada tempranamente en el interior del peronismo, diferenciable de la más conocida que partió de los sectores medios, que sustentaba las posturas críticas de Carlos. Convine detenernos en su descripción para apreciar quién era y desde qué lugar podía presentar sus objeciones a Perón.

Como miembro de la JP platense, casi adolescente, participó activamente de los primeros actos de la resistencia en la ciudad de La Plata. A comienzo de los '60 fue parte del primer contingente de jóvenes peronistas reclutados por J. Cooke que viajó a Cuba. Gracias a este viaje, estableció fuertes vínculos políticos y personales con el líder trotskista local, Ángel Bengochea, para incorporarse, con otros jóvenes peronistas platenses, en uno de las primeras ensayos de guerrillera urbana del país, de mediados de los '60⁹. Preso al comienzo de los '70, estableció un importante intercambio de ideas y experiencias con compañeros de prisión que venían del Partido Comunista y Socialista.

Libre con la amnistía del '73, ingresó a Montoneros como miembro de las Unidades Básicas Combatientes, (UBC). Las UBC, dotadas de una metodología celular, explica L. Lanusse, fueron la expresión organizativa de la estrategia de masas de Montoneros (Lanusse, Lucas, 2005). A través de ellas los nuevos cuadros montoneros, que como en el caso de Carlos en gran número solicitaban el ingreso a la organización, comenzaron a canalizar su militancia en fábricas, universidades y barrios, estableciendo un contacto fluido con las bases peronistas, organizadas en la Unidades Básicas Revolucionarias (UBR). Carlos, acompañado por su pareja, fue designado como “UBC” responsable de un sistema de cinco unidades básicas ubicadas en la localidad de Ringuet, contigua a Tolosa.

Aunque siempre mantuvo su “perspectiva peronista”, su trayectoria y formación le permitieron sostener una visión crítica de Perón, consciente, no obstante, de lo dificultoso que era su difusión en el ámbito barrial. En las discusiones y debates posteriores a Ezeiza en el seno de las “UBC”, debió de enfrentarse en más de una oportunidad con los cuadros montoneros recién llegados al peronismo, que dudaban, ante los vecinos del barrio, en ir más allá de la módica teoría de cerco:

⁸ C. Altamirano, afirma que luego del '55, ante el fracaso de la “desperonización de las masas”, desde la izquierda tuvieron lugar diferentes reinterpretaciones del fenómeno peronista, uno de cuyos objetivos centrales fue una fuerte apelación a las clases medias. Si bien éstas eran negativamente evaluadas, y culpabilizadas por su comprensión de dicho fenómeno, se buscaba su rescate y conversión. Para Altamirano el resultado de estas argumentaciones fue exitoso, la “estructura de culpabilidad”, que golpeaba la conciencia antiperonista de estos sectores medios, permitió ganar a gran parte de ellos para la causa del peronismo de izquierda. (Altamirano, Carlos, 2001), pág. 105)

⁹ Para un análisis de esta fallida experiencia que vinculaba a trotskistas y peronistas ver (Nicanoff, Sergio and Castellano, Alex, 2006)

“Bueno ahí tenés, la teoría del cerco era una de las discusiones que se hacía de arriba para abajo y de abajo para arriba. Yo personalmente siempre estuve en contra, pero la versión era creíble porque la gente quería creer en Perón. La gente había sido peronista toda su vida, había que salvarlo al viejo. Si vos sos de Boca quieres que Boca gane el domingo. En realidad los que teníamos la actitud crítica, no eran los de barrio, éramos los tipos que teníamos un poco más de luces, un poco más de preparación teórica, un poco más de escarbar en la política. Porque [después de Ezeiza] el gran problema era Perón. Yo tuve grandes problemas con eso. A pesar de que era el más peronista de toda la UBC, por mi historia, tuve problemas, porque era más crítico. Sabés que pasa, yo creo que el problema era ese, yo me sentía saldado para criticarlo a Perón. A mí nadie me podía decir, vos no podés criticar, porque no sos peronista. En cambio había compañeros que no se sentían con esa libertad. Por que decían yo tuve un pasado gorila, o mis viejos son gorilas y soy un pequeño burgués. No yo era un laburante. Esas cosas operaba, claro que operaban” (EA-Carlos)

Podemos concluir que la perspectiva crítica a la figura de Perón no pudo afirmarse en el medio barrial platense bajo gestión montonera. Entre los obstáculos que hemos mencionados figuran la persistencia de una cultura política que hacía de Perón un estratega y un proveedor insuperable. Por otro lado, los difusores de la visión superadora parecían dudar de su propia legitimidad, mientras aquellos que se sentían más autorizados, además de ser pocos en las UB y acaso con elementos teóricos poco elaborados, debían enfrentarse con quienes temían perder el apoyo popular.

En este aspecto, probablemente, estas previsiones estaban fundadas. Los reclamos generalizados de los allegados y vecinos sobre qué tipo de peronismo profesaban los jóvenes radicalizados nunca cesaron y se acentuaron con la ruptura explícita luego del acto del primero de mayo del 1974, en el que Perón rompió públicamente con Montoneros. En algunos casos, significó la pérdida de los referentes barriales y en otros, la confirmación, por parte de los viejos y avezados peronistas, de una impostura juvenil consistente en reivindicar un pasado que no conocían en todas sus implicancias.

Intentaremos ahora, explorar el alcance de dos de las ideas que constituían el núcleo de la radicalización política, impulsadas por Montoneros y cuya difusión en las UB estaba a cargo de los grupos de base y los “responsables políticos”: el socialismo y la lucha armada

El socialismo

La cuestión teórica y la difusión

En relación al socialismo, la JP primero y, con más decisión y recursos, la JP/M, se convirtieron en los difusores de las formulaciones de Perón sobre acontecimientos, líderes y procesos de carácter revolucionario o de ruptura de formas capitalistas o semi coloniales identificables con las nociones de socialismo o liberación nacional. Fueron famosos los pronunciamientos de Perón, sobre la Revolución Cubana, la figura del Che o la tendencia mundial al socialismo. Este conjunto, trató de ser sistematizado por la juventud a través de consignas políticas, material fílmico y escrito que se difundieron primero entre la militancia. Y, luego, para un público ampliado, contribuyendo a la creación de un sentido común, junto con el aporte más elaborado y ortodoxo de la izquierda no peronista, sobre la realización de la sociedad socialista.

Así, para uno de los fundadores de la JP platense, Babi Molina, las bases sobre los debates en torno al socialismo las había colocado Perón y ellos habían sido sus difusores de lo que consideraban una renovación:

“En principio el tema de un socialismo nacional nacía de las propias directivas de Perón, con grabaciones o a través de las famosas películas. Sobre esa base se discutía, se hacían reuniones. Era una nueva concepción de la cosa”. (AE-Babi).

Algunos aspectos de la trayectoria de B. Molina, muestran con claridad la conformación de este sentido común que proveyó de esquemas interpretativos y orientó a la mayoría de este activismo. Su generación, participó activamente del “giro a la izquierda” anunciado por Perón a comienzo de los '60. Entendido como una respuesta radicalizada a la anulación de los comicios que habían consagrado gobernador bonaerense a A. Framini, consistió en un llamando a la confrontación al activismo sindical “antiburocrático” y cercano a las ideas pro cubanas de John W. Cooke. Buscaba también, desautorizar la creciente autonomía de los partidos *neoperonistas*, que se consolidaban por la vía legal, alentando una estrategia insurreccional (Bossa, 2006).

Actuando como miembro de la mesa ejecutiva de la JP platense, B. Molina comenzó a participar de las reuniones y debates que tuvieron lugar en la ciudad con la llegada de Pancho Gaitán, uno de los referentes del Movimiento Revolucionario Peronista (MRP), creado en 1964 como expresión organizativa del “giro”. Según el testimonio de B Molina, si bien el MRP rápidamente perdió interés para los jóvenes, fue uno de los primeros ámbitos donde discutieron diferentes aspectos de una crítica anticapitalista para la Argentina. Fogoneados por este contexto renovador los jóvenes peronista de La Plata, cuenta Molina, se sintieron confiados para convocar sus dos primeros congresos a mediados de los '60. Allí adoptaron como propio el “programa obrero” consagrado en la ciudad cordobesa de Huerta Grande por los sectores sindicales combativos interpelados por Perón. Entre las medidas centrales de este programa, que prefiguraban formas socialista de organización social, se destacaban la reforma agraria, el control obrero de la producción y nacionalización del comercio exterior y los bancos.

Podría afirmarse, sin embargo, que el aporte de Perón a este rasgo de la época, venía cargado con ciertas ambigüedades, con las que los jóvenes tuvieron que lidiar. Rodeado de una serie de temáticas afines, como el “trasvasamiento generacional” o la “renovación doctrinaria”, el “giro” afirmaba que ante la crisis del liberalismo capitalista se abrían a nivel mundial dos alternativas socialistas: la primera, nacional y cristiana (justicialista), único *freno de la segunda*, internacionalista y marxista (comunismo). Este esquema, un tanto retardatario para quienes pretendía estar en la cresta de la ola contestaria, pudo asociarse, ganado dinamismo, a la llamada “tercera posición” y tuvo una importante consolidación a nivel mundial con los movimientos de “liberación nacional”. (Plotkin, 2004)

Pero, las paradojas y ambigüedades entorno de las representaciones sobre el socialismo producto de la “ideología justicialista”, que podían hacer dificultosa su difusión por parte de los jóvenes radicalizados, se volvieron cada vez más limitantes. Claramente, a medida en que las diferencias con Perón se hicieron más manifiestas, sobre todo cuando éste volvió al país y al poder.

En efecto, siguiendo los testimonios, un dirigente de las FAP/PB¹⁰ que militaba y trabaja conjuntamente con los jóvenes de JP/M, recuerda esta encrucijada en la que se encontraban los jóvenes montoneros que hablaban del socialismo desde el universo ideológico del peronismo:

¹⁰ Las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y el Peronismo de Base (PB) tuvieron una importante inserción de la zona de Berisso y Ensenada donde realizaron trabajos barriales conjuntos con la JP y Montoneros. Dentro del peronismo de izquierda fueron los impulsores de llamado “alternativismo” una corriente crítica a las burocracias partidaria y sindicales e incluso al liderazgo de Perón. Sobre su origen y desarrollo ver (Duhalde, Eduardo L. and Pérez, Eduardo M., 2003).

“En esa época el tema del socialismo como horizonte de la humanidad estaba instalado. Perón por ejemplo, por las cintas o discursos, decía que el movimiento peronistas era de izquierda y que el mundo iba hacia el socialismo y que el peronismo era el camino; era el mensaje antiyankee y antiimperialista. Esto antes de la vuelta. Había una cinta en que exaltaba el mayo francés donde decía algo poético sobre los nuevos tiempos que se venía. Después en el gobierno vuelve con el mayo francés pero dice que ahí nació la subversión. Usaba la misma imagen para decir exactamente lo contrario” (EA-Guillermo).

De manera que, como es posible inferir de nuestros testimonios, el desarrollo de tales ideas con sus equívocos, nunca supuso, en los espacios barriales, una acción que fuera más allá de ese clima o “sentido común” instalado en los sectores populares y la sociedad en general.

Por otra parte, en términos prácticos, la urgencia por la resolución de cuestiones políticas más inmediatas podía explicar las afirmaciones de un dirigente histórico de la JP, en torno a pensar el socialismo como “una cosa muy para adelante” (EA- Roberto K), en la medida en que su abordaje sistemático en el mundo barrial podía general bloqueos en la relación con los vecinos. Pero también, la propia militancia barrial no parecía estar dispuesta, y en muchos casos lo suficientemente formada o convencida, en ir más allá en las explicaciones y prefirió mantener aquellas imprecisas ideas que se desprendían de las elaboraciones sobre el socialismo surgidas de la “actualización doctrinaria” formulada por Perón.

En las siguientes declaraciones de una joven, ella misma proveniente de los sectores populares y con una prolongada actuación en las UB montoneras de Los Hornos, encontramos la mención a algunos de los componentes anticomunistas de la ideología peronistas con los que estos militantes debían lidiar. En ese sentido, aunque favorecidos por su pertenencia de clase común, no siempre contaron con todos los elementos formativos necesarios y muchas veces se encontraron con planteos críticos ante los cuales se sintieron sorprendidos, aunque reaccionando desde su propio sentido común:

“En el barrio, nos decían: ustedes son dentro de los peronistas los socialistas y el socialismo es como el comunismo, te saca y no podés tener todo lo que quieres, a nosotros no nos gusta el comunismo. Entonces venía toda esa explicación de que nosotros no éramos comunistas, éramos peronistas. Pero aparte que el comunismo no era lo que se vendía. Yo escuchaba a la gente, viste, me asombraba, los pobres, me sigue asombrando. No tenés un terreno y decís que si tenés dos casas el comunismo te saca una. Yo desde mi lugar con mi forma popular llegaba, desde mi entendimiento. Por ejemplo les decías, si no tenés ninguna casa te vas a preocupar que te saquen una. Más pragmática, les decía eso. Desde otro lugar, más allegado a la realidad, desde el común de la gente, porque esa gente pensaba como pensaba yo.” (EA-Norma).

Finalmente, si consignamos nuevamente el testimonio de Carlos, quién además de la pertenencia social común con los habitantes del barrio, poseía, como dijimos, una sólida trayectoria y una formación teórica bastante sólida, las ambigüedades no constituían un problema político serio:

“La consigna del socialismo nacional estaba dando vuelta, era lo que la gente gritaba cuando iba a una movilización. Con eso no tenían problema. Eso sí, era el socialismo nuestro, no se sabía bien qué era, no era el socialismo del Partido Comunista. Te quiero decir, la gente lo veía como el socialismo nuestro y, si era el nuestro, era bueno”. (EA- Carlos).

La cuestión práctica

Si bien entonces, la dimensión teórica del socialismo no fue lo suficientemente abordada en los ámbitos barriales, en la memoria de nuestros entrevistados, aparecen más nítidamente una serie de representaciones que podemos considerar provenientes de

las concepciones socialistas “realmente operantes”. En efecto, la expresión “socialización” comenzó a ser de uso cada vez más frecuente a medida que la participación y los intercambios aumentaban. Podemos especular que esto permitió una comprensión práctica de la “promesa socialista”; aunque acotada en recursos y al grupo de base de las UB, también incluía un número variable de allegados. Fue sobre estos sectores sobre los que más impacto causó.

Esta experiencia nos la cuenta un miembro del grupo de base de la UB Capuano Martínez de la zona de Tolosa, que ya hemos mencionado. Nos detendremos un poco en su trayectoria para tener una mejor visión del conjunto de su “experiencia socializante”.

Roberto había llegado junto con su familia a La Plata procedente de Tucumán a fines de los '50. Aunque su padre no sufrió persecuciones ni tuvo una militancia definida, en el seno familiar, Roberto, pudo experimentar un importante aprendizaje político, gracias a los asados periódicos de su padre con los compañeros de trabajo, donde se discutían, en un “ambiente horizontal en el que se compartían los gastos”, las peripecias del peronismo proscripto. Debido a su oficio de albañil, en los primeros meses del '73, comenzó a frecuentar la UB Capuano Martínez. En efecto, los miembros de la UB solicitaron su opinión y sus servicios, en medio de una asamblea de vecinos, para el proyecto de construcción y financiación de una sala de salud para el barrio. Con veinte años inició una carrera militante que lo llevó a convertirse, entre el '74 y '75, en una la figuras centrales de esta UB, famosa como “escuela de militantes estudiantiles”, para en el '76, incorporarse a Montonero de manera formal:

“Lo que se charlaba más que todo era sobre socializar las experiencias, las responsabilidades, los recursos que cada uno iba manejando. Los recursos que a cada uno le alcanzaban para vivir de acuerdo a la vida que llevaba. Si te sobraba aportabas a la Organización [Montoneros], al desarrollo, a impresiones, a dedicarle más tiempo”. (EA-Roberto)

En esta misma línea está el recuerdo de un allegado de UB Quispe de Melchor Romero. Tito, tuvo la particularidad de ocupar el papel de “periférico” en Montoneros, una categoría que designaba a un tipo de colaborador que mantenía la “legalidad”. De origen humilde, sin haber terminado la primaria, las recuerdos de su infancia y preadolescencia se asocian al programa social del primer peronismo; los útiles recibidos en la escuela y la participación en los campeonatos Evita. Su ingreso a la militancia, sin embargo, se debió a la dinámica impuesta por el proceso de radicalización. Su hermano menor, con una importante trayectoria en la UB Quispe, fue asesinado en junio del '74 por grupos locales de las Tres A. Tito abandona una forma de colaboración que él mismo consideraba como de “un vago”, para asumir un fuerte compromiso consistente en prestar su casa como refugio de la militancia perseguida durante los años del vendaval represivo. Denotando sencillez y nostalgia por aquellas experiencias nos cuenta:

“Del socialismo se habló, yo me acuerdo, del socialismo se hablaba, porque se hacía una cosa muy linda. Porque, por ejemplo, si yo tenía esta lapicera y venís Vos, era tuya. Había un pedazo de pan y compartíamos. Compartíamos todo. Eso era el socialismo, era grandioso. Ahora yo veo cómo actúan las UB, digo no, no es así. Lo de uno es para todos, íbamos a una reunión y teníamos un atado de cigarros y todos fumaban. Si vos no tenías, no importaba y cuando tenías hacías lo mismo. Era una cosa linda. Ahora se va perdiendo, no hay enseñanza” (EA- Tito)

La Lucha armada

La otra idea central que formaba parte del discurso de la radicalización fue la de la lucha armada, asociada a la de combatiente y el “hombre nuevo”.

En la extensa trayectoria de la JP platense, fundada en 1957, las prácticas violentas y armadas fueron parte constitutiva de su actividad política; tomando diferentes denominaciones a lo largo de los años. Durante la etapa de la resistencia se hablaba de acción directa y lucha callejera, desde los sesenta surgen las ideas de guerrilla rural y urbana con la formación de los primeros “comandos” y ya en los setenta, con los programas de las organizaciones y de Montoneros en especial, circuló la noción de “formación integral”, política y militar, de los militantes.

Sin embargo, este tránsito y “naturalización” de las prácticas políticas armadas, subrayada por los históricos de la JP y los jóvenes con algún grado de tradición familiar en el peronismo resistente que actuaban en las unidades básicas, no necesariamente iba a compatibilizar con esta última noción impulsada por Montoneros, que implicaba la “profesionalización” de la violencia. Intentaremos precisar estas afirmaciones.

El “partisano” peronista

Resulta claro que la legitimidad del monopolio estatal de la violencia, estaba puesto en cuestión entre los sectores populares que, provenientes de la juventud peronista, se incorporaron al proyecto Montonero. Se fundaba en una consideración bien conocida, y que en el caso del peronismo, se sintetizó durante la proscripción en la consigna: “la violencia de arriba engendra la violencia de abajo”. Un trabajo académico reciente caracteriza este tipo de violencia como la del *Partisano*, emergente en contextos dictatoriales. No serían sus agentes y promotores militares profesionales sino civiles que se alzan en armas, lo que la vincula con uno de los “derechos naturales” fundantes de la teoría política clásica de tradición liberal: el derecho de resistencia a la opresión (Tcach, 2008), pag., 141).

Siguiendo esta interpretación, la versión peronista de la “lógica del partisano”, tuvo como punto de partida el año '55; en junio con los bombardeos de la Plaza de Mayo y setiembre con el golpe. Podríamos agregar, que en el caso de los jóvenes de la JP platense, la sublevación filoperonista del '56 y la represión que la acompañó - La Plata, cabecera de unidades militares, fue uno de los epicentros del levantamiento que mostró más dinamismo- marcó el comienzo de su activismo, fuertemente asociado a los grupos locales de la resistencia. El testimonio de Roberto K., futuro miembro de la conducción de la JP e impulsor de la estrategia de masas barrial a comienzo de los '70, destaca la importancia de estos hechos. Casi un niño en el momento del levantamiento cívico/militar, subraya la importancia de los mecanismos de participación basados en los vínculos familiares entre padres hijos, proveyendo imágenes perdurables para los futuros “partisanos” del peronismo revolucionario:

“Mi inicio en la política consciente fue el 9 de junio de 1956 cuando mi padre participó como suboficial del ejército del regimiento 7 con Coronel Cogorno [Líder local del levantamiento que fue fusilado]. Lo indico porque fue uno de los hitos importantes que a uno lo marcaron; por los silencios, por los códigos, por la manera que se hablaba. Esos relatos generaron, en muchos de los que participaron en esa generación, una integración casi natural, que en la década del 70 serán parte de la JP” (EA- Roberto K.)

Muchos de los jóvenes de extracción trabajadora, habitantes de los barrios, que ingresaron a la militancia vía la política de masas de Montoneros, habían pasado por estas formas de “socialización política”, donde las redes familiares y barriales, habían contribuido a consolidar una actitud de “naturalidad” hacia las prácticas clandestinas. En efecto, en los hogares peronistas resultaba conocido no dar todos los datos de filiación, manejarse con nombres ficticios, recibir visitas que pernoctaban sin

demasiadas explicaciones y guardar armas. Por otra parte, en la percepción de estos jóvenes, la versión “peronista resistente” de la violencia, se reforzó con la que remitía al golpe del '66 la generalización de la lógica del partisano, claramente manifiesta con los rebeliones populares de fines de los '60 y la creciente participación de las organizaciones armadas. Nuestro entrevistado Oscar, el joven trabajador de la construcción que, casi adolescente, se incorporó a la UB Obregoso durante el apogeo de comienzos del '73, nos relata estas experiencias:

“Yo soy nacido en el '55. Me acuerdo en mi infancia de ir en las noches de invierno a la casa de un compañero en forma clandestina, con mi hermano y con mi viejo, que decía callate la boca. En el sesenta y pico íbamos a ver diapositivas. Era como una operación militar. Solía venir un amigo de mi papá que decía: me tengo que quedar a dormir, tengo que guardarme acá. Mi viejo no contaba nada. Yo veía que este amigo dejaba algo en el ropero, tal vez algún fierro, un arma. Todo eso lo charlábamos en relación a la violencia, en el barrio y en la UB. Desde el '69/'73 se convivía con la violencia, los milicos habían sido violentos. La respuesta popular a la violencia era casi natural”. (EA-Oscar). :

En esas condiciones son plausibles las declaraciones de Carlos en cuanto a que la presencia cotidiana en el barrio de un “combatiente montonero” no causaba extrañeza. Como dijimos, Carlos, con su doble carácter de “partisano” durante la Revolución Libertadora y la Revolución Argentina, era un “UBC” montonero que se incorporó con ese carácter en los unidades básicas de Ringuelet en el '73. Allí, gracias al clima de rebelión imperante, será reconocido rápidamente como un partisano, o un montonero que luchaba con las armas contra la opresión, sin tener que ofrecer demasiadas precisiones:

“Lo que pasaba era que la gente ya había conocido en gran parte la violencia política y la lucha armada anterior, es decir, desde el '69/'70 en adelante. Vos tene en cuenta que durante los años anteriores al 73, el Cordobazo y después todas las acciones de las organizaciones, eran conocidas. La gente había vivido todo eso. Los Montoneros eran producto de esto, la gente los identificaba claramente con esa política armada. Y no causaba extrañeza su presencia en el barrio. O sea yo nunca le fui a decir alguien en el barrio; escuchame Pedro yo soy montonero. Pero la gente sabía que éramos montoneros” (EA-Carlos)

El arraigo que tuvo esta concepción de la violencia política, y sus prácticas, entre los sectores populares peronista lo encontramos también en la recepción e interpretación que tuvieron dos acontecimiento centrales de la radicalización. Siempre en base a nuestros testimonios, es posible afirmar, que el “Aramburazo”, una acción identificada con los grupos radicalizados que implicaba el uso de la violencia contra personas, presentada como un actos de “justicia revolucionaria”, tuvo una fuerte aceptación en tanto daba contenido a la mencionada fórmula “la violencia de arriba engendra la de abajo”, propia de la lógica del partisano. En gran medida Montoneros buscó difundirlo como una respuesta, desde abajo, a aquel acto originario y violento, organizado desde arriba, por los golpistas del '55.¹¹

Este modelo interpretativo puede hallarse también en uno de los hechos que más conmocionó a la militancia, sobre todo estudiantil, y que alimentó la legitimidad de la opción armada y la figura del combatiente. Los hechos de Trelew, sin duda, dividieron las aguas y consolidaron la convicción de asumir un tipo de activismo basado en un compromiso “integral” con la lucha armada, en muchos de los jóvenes que se

¹¹ Este carácter, cuyos portadores fueron los jóvenes peronista, estudiantes y trabajadores, que transitaba hacia la radicalización, trató de ser cuestionado por sectores allegados al gobierno de Onganía. Con cierto éxito logró instalarse la idea de una conspiración en la que habrían actuado conjuntamente la cúpula de Montoneros y el gobierno de Onganía para eliminar al enemigo político de ambos. Sobre la “lucha por el sentido” del “Aramburazo” ver (Salas, 2005)

congregaron en las UB montoneras¹². Sin embargo, gran parte del universo barrial, socializado, como dijimos, en la tradición del peronismo proscrito, hizo suya la interpretación de los hechos de Trelew como un episodio más de la conocida violencia del régimen sobre el pueblo. El testimonio de uno de los responsables de la UB Burgos-Escribano de Los Hornos, miembro de una familia que proveyó militantes a la JP platense primero y a Montoneros después, lo plantea en estos términos:

“Con la masacre de Trelew, yo todavía iba al Colegio Nacional. Había una gran cantidad de agrupaciones de izquierda, muy pocas eran de la JP, y me acuerdo que Trelew golpeo mucho en esas agrupaciones; provocó un bajón grande y desconcierto en cuanto a los fines que perseguía en enemigo. En Los Hornos, en la UB Evita que yo trabajaba, las cosas se tomaron de una manera diferente, para los viejos peronistas era como la violencia del régimen; de cárceles, de torturas. Si bien los que estaban en la UB no habían estado presos, sabían, conocían, por otro lado, la llegada de Perón en noviembre del '72, absorbió todas las actividades. Trelew funcionó entonces diferenciando la militancia peronista, eso fue un hecho objetivo, pero que no repercutió en Los Hornos, sí en el centro. En general para la gente que militaba en los barrios, los peronistas y los viejos de los barrios, Trelew era la conocida violencia del régimen” (EA- Marcelo)

Partiendo de nuestros testimonios, y localización restringida a la periferia barrial platense, resulta pausable afirmar que la opción armada como legítima a las distintas formas de “opresión del régimen”, y a la dictadura en particular, dominó en el imaginario popular comprometido con el activismo radicalizado durante el período. En otras palabras, la doble lógica del partisano, la de los combatientes contra la Revolución Libertadora y contra la Revolución Argentina, fue la que prevaleció como fuente inspiradora de las acciones armadas, aunque sufrió transformaciones.

En efecto, nuevos elementos se sumaron a la doble lógica del partisano a medida que el enfrentamiento creció y se registraron las primeras muertes; localmente hacia mediados del '74. En primer lugar, se consolidó, en la franja contestataria barrial que analizamos, la necesidad de emprender acciones como respuesta a los ataques del “enemigo”. Los testimonios señalan diferentes reacciones, desde reclamos a Montoneros para que organice operativos de represalia hasta intentos aislados de este tipo de acciones, que debieron ser controladas por los responsables políticos.¹³

Esta dinámica podía combinarse con aspectos más trascendentes vinculados a las míticas figuras de los fundadores de Montoneros, y caídos en combate,

¹² Los hechos comenzaron el 15 de agosto de 1972 con la fuga de la cárcel de “máxima seguridad” de la localidad de Rawson, por parte de varios de los jefes y gran cantidad de cuadros intermedios de las organizaciones FAR, Montoneros y ERP. La operación conjunta consistió en tomar el penal para luego organizar contingentes que serían trasladados, por una apoyatura externa, al aeropuerto de Trelew, a pocos kilómetros del penal. Desde allí los evadidos desviarían un avión de línea al Chile socialista de Salvador Allende. Por fallas en la coordinación sólo abordaron el avión el primer contingente compuesto por los jefes. Diecinueve de los cuadros medios quedaron varados en el aeropuerto; el resto no pudo salir del penal. Rápidamente el aeropuerto fue rodeado por efectivos de la Infantería de Marina y comenzaron una serie de negociaciones. Los guerrilleros tuvieron oportunidad de hacer declaraciones a la prensa para luego entregarse. Una vez encarcelados en una base militar, el 22 de agosto dieciséis de ellos fueron asesinados en una acción que puede ser entendida como la génesis del terrorismo de estado que golpeo posteriormente a la sociedad argentina en su conjunto. En el seno de la juventud platense, si bien estos hechos galvanizaron a quienes se identificaban con los combatientes generaron rupturas: “Había tipos que no veían bien el reconocimiento que se hacía de algunos compañeros del ERP. Algunos después se fueron con la CNU [Concentración Nacional Universitaria, grupo peronista de derecha que en La Plata se enfrentó con la JP, con muertes de ambos lados]” (EA-Marcelo)

¹³ La intervención de los responsables políticos, en algunas casos jóvenes mujeres, evitó que militantes autóctonos salieran “hacer macanas”, impulsados por sentimientos de venganza. Tito, allegado de la UB Quispe, luego del asesinato de su hermano en junio del '74 en manos de los grupos parapoliciales locales, estaba decidido a actuar por su cuenta, sin embargo, sus responsables intervinieron a tiempo:

preferentemente invocados por los jóvenes militantes que conformaba los grupos de base de las UB. Algunos autores han interpretado esta perspectiva mítica y trascendental del fenómeno de la lucha armada como la consecuencia de la secularización de las creencias religiosas, “un desplazamiento y recomposición de lo sagrado en el ámbito de lo político” (Donatello, Luis Miguel, 2010). Este “espíritu de cruzada” (Tcach, 2008) aparece en las declaraciones de algunos de nuestros entrevistados. Las referencias si bien son circunstanciales tienen contundencia y sugieren que el sentido último del activismo estaba en la igualdad con los combatientes, tanto de sus prácticas como de su reconocimiento. Daniel I., un joven trabajador que comenzó su carrera militante en el UB Gerardo Ferraris de Villa Elvira, y Jorge, un estudiante del Colegio Nacional fundador de la UB Juan Pablo Maestre en Los Hornos, explican parte de ese sentido en una famosa fórmula de reconocimiento que circulaba entre los militantes barriales más comprometidos:

“Muchos compañeros tenían la tendencia a la actividad del combatiente. Todos los compañeros, la mayoría de los pibes e inclusive algunas pibas le interesaba todo eso. Teníamos la revista que informaba lo que se iba haciendo. Todos querían hacer eso. Algunos inconsciente decían: yo cuando me maten quiero que pongan a la próxima UB mi nombre (EA-Daniel)
“Sobre la elección de los nombre de las UB, siempre estaba la esperanza, de que luego de tu muerte, una UB tuviera tu nombre” (EA-Jorge)

Pero más concretamente las acciones armadas comenzaron a entenderse como una respuesta necesaria a los ataques que tuvieron lugar en el barrio por parte de grupos parapoliciales, que en varias ocasiones fueron producto de la inteligencia, que habitantes del barrio, muchos de ellos agentes de la policía provincial, llevaron a cabo con miembros de las UB montoneras¹⁴. De esta manera lo explica el responsable de la UB Quispe, para quien finalmente las prácticas asociadas a la exigente concepción de la lucha armada como un proceso de formación integral de la militancia, terminaron aislando a los jóvenes.

“Ahí [en el barrio] el peligro era el CNU. Eso era agresivo. Nosotros sabíamos lo del aramburazo, pero lo local era la patota. Tal vez el aramburazo motivaba, eran mitos. Éramos muy jóvenes y estos eran mitos convocantes, esto era de la militancia. Yo personalmente creo que fuimos perdiendo cuando nos replegamos a la formación de cuadros, dejamos lo movimientista, lo barrial” (EA-Cárdenas).

Un tanto pragmáticamente, entonces, la dinámica de los hechos y la situación de enfrentamiento convenció a muchos sobre la necesidad de instrucción en el uso de armas. Nuevamente el testimonio de Tito, acaso permita captar con mayor claridad la concepción pragmática, realista, cargada de elementos afectivos, propia de los sectores populares podría afirmarse, aunque no exenta de sentimientos de distinción, sobre las prácticas armadas en los barrios:

¹⁴ El responsable de la UB Burgos-Escribano, a pesar del fuerte arraigo que el agrupamiento tuvo en el barrio obrero de Los Hornos, garantizando en cierta ocasiones la protección a los militantes perseguidos, admite la delación que sufrieron de parte de funcionarios policiales, muy probablemente, habitantes del barrio. “Nosotros teníamos un nivel de conocimiento y sabíamos quienes eran policías. Admito que había gente del barrio que nos podía denunciar a la policía. Los policías tenían datos finos sobre nosotros, como nosotros teníamos de ellos. Pero ellos operaron sobre nosotros, esa fue la diferencia” (EA-Marcelo). El testimonio de Daniel, miembro del grupo de base de la UB Gerardo Ferrari, nos ilustra de forma más directa y dramática el accionar de un vecino policía: “Por el día del montonero, en setiembre del '75, organizamos una pintada en 7 y 72, un acto relámpago de cinco minutos. Nos replegamos al barrio, diez o doce cuadras del lugar de la pintada. Desde la comisaría de la zona salen a buscarnos y se monta un operativo de búsqueda. Cuando uno de los compañeros estaba casi a dos cuadras de su casa, sale un policía del barrio y como ve que viene huyendo le tira dos tiros en la espalda y el compañero cae muerto.” (EA-Daniel)

“Yo hice adiestramiento militar. Si te encontrabas en una circunstancia tenías que manejar un revólver. Generalmente no se hacía en la UB. No sabías donde lo hacías, te llevaban cerrado; te tapaban los ojos, subías a un auto y vamos. Había prácticas con dibujos, en movimiento y parados. Me daba orgullo, pero además tenía rabia por lo de mi hermano y por lo que había pasado con muchos” (EA-Tito)

El militante integral en el barrio

Lo que estaba en juego en este marco era la implementación de un tipo de violencia que sus impulsores denominaba como revolucionaria y que debía superar las formas naturalizadas y espontaneistas, propias de la lógica del partisano y desarrolladas durante la larga trayectoria del peronismo barrial.

Montoneros, como en general las otras organizaciones armadas, busco implementar localmente las experiencias internacionales de revolucionarias exitosas. Todas indicaban, la rusa, la china, la vietnamita, la cubana, la necesidad de una organización centralizada cuyos miembros eran militantes a tiempo completo. La legitimidad del uso de la violencia derivaba de la propia naturaleza política de sus actividades tendientes a la toma del poder. En el contexto local y del peronismo en particular, en el que Montoneros pugnaba por insertarse, la vía armada se legitimaba a la vez en contraste con la vía pacífica y las prácticas de negociación que sólo habían buscado la integración del peronismo al sistema. Hacia los frentes de masas, estas estrategias organizativas, se expresaron a través del modelo de formación integral del militante. Tal vez sea posible afirmar que éste buscaba “racionalizar” el espíritu de revuelta antiautoritario, libertario y creativo de amplios sectores de la juventud. La dinámica de los hechos, entre los que se cuenta la respuesta militarizada de la “reacción conservadora”, impuso la “racionalidad instrumental de la guerra” o la lógica del Gólem (Tcach, 2008), pág 15)¹⁵.

Podemos adelantar que esta racionalización, con sus secuelas de profesionalización de las prácticas armadas, avanzó poco en nuestro ámbito de análisis.

En primer lugar, globalmente la concepción de Montoneros sobre la formación política/militar (Gillespie, Richard, 87), (Lucha Armada nros. 10 y 11), si bien se percibió como una imposición de los hechos, su implementación excedía las posibilidades barriales, rompiendo con un tipo de acción militante amplia y contenedora. Estos aspectos nos fueron subrayados por una estudiante universitaria que llegó a la UB Evita de Los Hornos a comienzos del '73. Gracias a una división informal del trabajo, Marta estableció relaciones muy intensas con los niños, las mujeres, ancianos y enfermos del barrio. Desde esta perspectiva evalúa la implementación de la figura del “miliciano”:

“Por ejemplo una cosa que nos pasaba, cuando avanzaba la militancia y había más vinculación con lo que nosotros llamábamos la ORGA, Montoneros en un momento, era que como que no quedaba otra alternativa que la lucha total. Todo el mundo se quería incorporar a pelear, como milicianos y nosotros veíamos que uno de los compañeros más comprometido del barrio era un hombre que era lisiado, tenía una pierna ortopédica. El tipo nos decía: “Y yo quiero, pero cómo voy hacer, si tengo que salir corriendo y me tengo que tirar debajo de un auto me tengo que proteger, ¿cómo voy hacer?”. Entonces, lo tenías que descartar al compañero?. Era como que encontrábamos en la propuesta que dejaba de ser contenedora. Esto de que la lucha tenía que ser si o si de esa manera. Como que se nos iban agotando las posibilidades en lo que era el barrio” (EA-Marta)

¹⁵ La lógica del Gólem alude a una leyenda de la tradición judía. En ella se cuenta la historia de la creación de un autómata, el Gólem, una especie de monstruo con la función de defender a un grupo de judíos de agresiones externas, que rápidamente queda fuera de control y produce todo tipo de catástrofes.

En segundo lugar, si tomamos una de las manifestaciones más radicalizadas de la racionalización de la violencia, las muertes por razones políticas/revolucionarias, encontramos en nuestros entrevistados diferentes motivos de discrepancia. Sin duda, en estas declaraciones acaso este presente un juicio retrospectivo crítico a este tipo de acciones. Pero, puede afirmarse, la presencia de un par de elementos, bien conocidos, que ayudan a explicar las incertidumbres sobre el alcance de las “muertes políticas” entre la militancia barrial de la JP/M.

Como dijimos, en el contexto de tradición peronista, que interpretaba la violencia como una actividad defensiva y resistente orientada en última instancia a la restitución del “gobierno popular”, uno de los hechos que más tensión generó fue el asesinato de José I. Rucci en setiembre del '73. Según Bonasso, la decisión de ultimar al secretario de la CGT fue producto de la acción autónoma de un comando que caracterizó la oportunidad como propicia, en línea con la racionalidad instrumental a la que hacíamos referencia.

En los hechos, la militancia barrial pareció quedar sin una explicación oficial sobre la causas y objetivos de la impactante acción. No obstante, Montoneros, sin asumir públicamente la autoría, a través de los responsables políticos, promovió una amplia discusión buscando recabar las opiniones de los grupos de base de las UB, quienes demandaban ávidamente explicaciones. En el siguiente testimonio aparecen algunas claves en relación a este especie de malestar que pareció alcanzar a los jóvenes. Hugo era parte del grupo de base de la ya mencionada UB Obregoso de Melchor Romero. La muerte de Rucci, fue recepcionada con “simpatía” por él y su grupo, aunque implicó una caída en el nivel de convocatoria de la UB, la necesidad de asumir mayores compromisos y un cierto desconcierto entre los allegados:

“El 73 estuvo signado el acceso al gobierno y las disputas en el gobierno. Y después se da el hecho trágico de la muerte de Rucci, que nosotros la veíamos con simpatía. Lo vivíamos con mucha simpatía porque creíamos que era una forma de poner blanco sobre negro la realidad, lo tengo como un signo de definición política que polarizaba las cosas. En realidad mirando a la luz de la historia fue un error gravísimo, una brutalidad desde todo punto de vista, porque rompió el puente de identidad con Perón. Era como tirar un muerto arriba de la mesa. Pero desde la ingenuidad o la simpleza de la visión política de un joven que recién se incorporaba era mirado con simpatía. En el barrio, las relaciones empiezan a ser más complejas. Yo no recuerdo cuestionamientos puntuales, excepto de las discusiones entre militantes de distintos grupos. Pero lo que sí se deba era una reducción de los niveles de movilización. Era mucho más difícil movilizar. Por otro lado, que vuelva Perón, que ganemos las elecciones, llegamos al gobierno y después que significa esta pelea con muertos en el medio. Había algunos vecinos con los que en la casa se charlaba más a fondo y otros directamente se negaban a hablar, con una relación fría, con otros podíamos profundizar” (EA-Hugo)

Por otro lado, estaba el componente católico muy presente en la tradición peronista, que si bien impulsó la vocación militante, proclamaba el “no matarás”. Son bien conocidas las objeciones de conciencia de muchos militantes de extracción católica al uso de la violencia revolucionaria para la eliminación física del enemigo. Pero, más ampliamente, el barrio daba muestras de sus creencias católicas exigiéndoselas a los jóvenes. Miguel, un estudiante platense con una fuerte militancia barrial, lo explica acaso sugiriendo cierta instrumentalización por parte de Montoneros:

Si bien renegábamos de la Iglesia, muchas veces montoneros hacía una misa por un compañero caído. Era una manifestación popular de duelo, la gente pedía una misa. No les van hacer una misa al Cacho, decían. Me acuerdo cuando mataron a un pibe y a gente decía: no le van hacer una misa, que clase de peronistas son ustedes. Además muchos eran católicos y cristianos (EA-Miguel)

Por último, hay que decir que el adiestramiento militar en los ámbitos barriales, otro aspecto central de la racionalización de la violencia, no superó una serie de

prácticas muy básicas reducida, en la mayoría de los veces, al grupo de base y a dos o tres allegados. Carlos, como oficial montonero encargado de un grupo de UB de la zona de Ringuelet, reconoce que nunca fue posible un tipo de formación teórica y militar rigurosa, y masiva, que permitiera consolidar entre lo jóvenes militantes barriales una “subjetividad” acorde a la noción de combatiente; según se desprendía y se esperaba de la concepción de la violencia revolucionaria:

“Se empezaba y más o menos se identificaban a los compañeros que estaban para la acción directa, como quien dice. Pero sin ninguna organicidad, sin ninguna sistematización, nada. El entrenamiento era mínimo para que tomara contacto con la violencia. Tareas de autodefensa del barrio, que implicaban por ahí, que tenía que tener un arma. Es decir hacerse responsable de un arma. Por supuesto que eran armas chicas, de calibre 22 para la milicias” (EA-Carlos)

III Conclusiones

Esta exploración sobre las ideas políticas más significativas que circularon en los barrios montoneros, se inserta en un cuadro mayor que podemos denominar como el “universo de sentido” impulsado por Montoneros y acotado, en nuestra investigación, a la periferia platense durante los primeros años de la década del ‘70. Este universo estuvo estructurado en base a una serie de actores, prácticas y representaciones. Sobre los actores, los individuales: los militantes y los colectivos: las UB, y sobre las prácticas, las “reivindicativas” y las “políticas”, solo hemos hecho breves referencias en la ponencia. En efecto, por el tipo de trabajo, y a arriesgo de quedar “en el aire”, nos concentramos en lo que denominamos como representaciones.

En primer lugar, los testimonios dan cuenta del fuerte arraigo de la figura de Perón, su productividad y genio político, y el peronismo, su carácter aglutinante y confrontativo, transmitido por redes familiares y barriales. Este entramado sin duda socializó a muchos de los militantes que abastecieron a Montoneros, pero por otra parte se reveló resistente a la crítica, que necesariamente impulsaba la radicalización montonero en su afán de conducir a las masas peronistas.

En el seno de la tradición peronista, también se desarrollaron elementos que configuraron las ideas sobre socialismo y lucha armada. Sobre todo, la generación militante de la JP de los años ‘60 estaba impregnada de estos elementos. La noción de socialismo se había difundido como un sentido común de la época y los aportes de Perón eran reconocidos por todos, aunque estuvieran cargados de ambigüedades. Las unidades básicas, la militancia y los allegados, también se impregnaron del espíritu de la época proclive a las propuestas socialistas, pero comenzaron aparecer bloqueos vinculados a las ambigüedades de la “ideología peronista” y nunca fue posible un abordaje teórico de la concepción socialista de la sociedad. Los testimonio destacan, no obstante, el fuerte impacto entre allegados e incluso vecinos, de las experiencias de “socialización”, producto de la interacción con la militancia estudiantil y barrial.

Por último, la lucha armada también tenía grandes antecedentes en el seno del peronismo, representada en la figura del partisano. Sin embargo, la “racionalización” de la violencia impulsada por Montoneros creó incertidumbre en los ámbitos de la unidades básicas: no todos estaban aptos, las “muertes políticas” generaron resistencia y el programa de instrucción militar tuvo escaso desarrollo.

Diarios y revistas

El Día, 1972/75; *El Argentino* 1972/73; *El Descamisado*

Entrevistas del autor

Gonzalo Chaves, La Plata, 2005; Hugo Bacci, La Plata, 2005; Babi Práxedes Molina, La Plata, 2006; Roberto K. , La Plata, 2006; Guillermo C. La Plata, 2006; Jorge Pastor Asuaje, La Plata,2006; Oscar A., La Plata ,2006; Norma B, La Plata ,2006; Marcelo M., La Plata ,2006; Celina R. La Plata ,2006; Miguel Angel, García Lombardi, La Plata, 2006; Hugo G., La Plata ,2006; Marta, S., La Plata, 2006; Daniel I., La Plata ,2007; Daniel C. , La Plata, 2007; Julio R. , La Plata, 2007; Carlos Kunkel, Buenos Aires,2007; Carlos y Norma, La Plata, 2007; Roberto, A, La Plata, 2007; Cacho. A, La Plata 2007; José, H., La Plata, 2007; Tito, La Plata, 2007

Bibliografía

1. Altamirano, C. (2001). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas.
2. Ansart, P. (1983). *Ideología, conflictos y poder*. México: Premia.
3. Arfuch, L. (2008). "Representaciones". En C. Altamirano (Director), *Diccionario crítico de sociología*. Buenos Aires: Paidós.
4. Bossa, J. A. (2006). "El peronismo revolucionario. Corrientes y experiencias en la radicalización sindical (1958/1968)". *Cuestiones De Sociología*, pag. 88-116.
5. Camarero, H. (2007). "Consideraciones sobre la historia social de la Argentina urbana en las décadas de 1920 y 1930: clase obrera y sectores populares". *Nuevo Topo*, 4.
6. Donatello, L. M. (2010). *Catolicismo y Montoneros: religión, política y desencanto*. Buenos Aires: Manantial.
7. Duhalde, E. L. y Pérez, E. M. (2003). *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base. Tomo I: Las FAP*. La Plata: De la Campana .
8. Gillespie, R. (1987). *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Buenos Aires : Grijalbo.
9. Lanusse, L. (2005). *Montoneros y el mito de los doce fundadores*. Buenos Aires: Vergara.
10. Nicanoff, S. y Castellano, A. (2006). *Las primeras experiencias guerrilleras en la Argentina. La historia del "Vasco" Bengochea y las Fuerzas Armadas de la*

Revolución Nacional. Buenos Aires: Ediciones del CCC.

11. Plotkin, M. B. (2004). "La ideología peronista: continuidades y rupturas después de la caída". en S. Amaral y M. B. Plotkin (comps.), *Perón: del exilio al poder*. Buenos Aires : EDUNTREF.
12. Salas, E. (2005). "El falso enigma del 'Caso Aramburu'". *Lucha Armada*, 2, 62-71.
13. Salas, E. (2006). *La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre*. Buenos Aires: Retórica Ediciones: Altamira.
14. Sigal, S. y Verón, E. (2003). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Eudeba.
15. Tcach, C. (2008). "Entre la lógica del partisano y el imperio del Gólem: dictadores y guerrilleros en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay". en H. Quiroga y C. Tcach (Comps.), *Argentina 1976-2006*. Buenos Aires: Homo Sapiens/UNdL.